El naufragio de la poesía

Gregorio Matallanas

El naufragio de la poesía

Gregorio Matallanas

avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2025
© Gregorio Matallanas, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-47-0
THEMA: D - DCF
DEPÓSITO LEGAL M-23691-2025

A Rosa Matallanas González,
lo más hermoso de mi vida.

Y a Carolina Lau Chu, quien me acompaña dulcemente
en este camino lleno de asperezas e ilusiones,
porque me permite sentirme diferente,
aunque no lo sea.

A todos los escritores que ensancharon mi mirada.

Cuando te ríes

Cuando te ríes,
una diadema de dientes ilumina tu cara
y tus ojos se ensanchan,
y se te caen a pedazos las palabras y la espuma.
Te vuelves gelatinosa y transparente
como una medusa.
Te ríes de la risa, me contagias.
Te ríes de la vida reflejada
en el espejo de la infancia.
Me escapo del mundo.
Me escondo tras la puerta de un trastero.
Desaparezco de tu vista como un mago.
Escucho, a lo lejos,
tus torpes pasos de cachorro.
Soy feliz, muy feliz mientras me buscas
y olfateas, por fin me agarras
con tus manos de seda.
Te recojo entre mis brazos.
Te abandono en la cuna,
donde soñabas que soñabas.
Me suplicas otro juego.
Caes, rodando sobre la alfombra,
como un osezno, como un aro.
Juego de nuevo a esconderme.
Te tapas los ojos con los dedos.
Me refugio, silencioso,
en la negra sombra de un armario.
Cuando me encuentras sonriendo,
muerdes el corazón de mi mano.
Me arrojo al suelo, fingiéndome herido,
y me hago el muerto.

Hija, presientes que te engaño.
Cuando te ríes, se te caen a pedazos
las palabras y la espuma,
una tiara de dientes ilumina tus ojos.
Te posas en mi hombro como un pájaro.
Me pellizcas el falso brazo de goma.
Finjo que no siento tu rabia,
tu desconsuelo.
Traes de nuevo
un folio prendido entre tus dientes.
Quieres que te dibuje una casa y un árbol,
y una sonrisa de payaso,
y un camino ascendente
que se pierda sinuosamente en la montaña.
Me lo pides tan dulcemente,
mirándome tan fijamente a los ojos
que, con un lápiz roto, te dibujo
unos tiernos versos
y un árbol que se parece a un olmo,
y un camino de arcilla
que se pierde en el lejano horizonte.
Y me agarras la cara dulcemente,
para que te mire de frente.
Se me cae la baba
mientras trepas como un gatito
sobre mi espalda.
Y escucho, por primera vez,
unas palabras sonoras y transparentes,
como el sonido del agua
que corre frente a nuestra casa.
Y me escondo en el armario,
harto ya de juegos y amenazas,
cansado, fatigado y dócil.
Soy feliz, porque me quieres,
feliz de quererte con toda el alma.
Emocionado ahora, al recordarte,
mientras compongo estos versos
sobre tu hermosa infancia.

Cervantes

El verano se llena de olores secos de tabaco,
tragos largos de cerveza,
cerveza amarilla en jarras frías.
En El Escorial, escritores consagrados
hablan del esperma de dios
y de la tristeza del acento extremeño
o de las diéresis, de las palabras obsoletas
que aparecen en el capítulo trece del Quijote,
de las erratas que nadie vio
en las novelas de Flaubert
o del vuelo sagrado de la garza
en las Lagunas de Ruidera.
El padre Cervantes calma sus delirios.
Os sigue engañando después de muerto.
El padre Cervantes frena vuestro desarrollo afectivo.
El padre Cervantes os acompleja.

El caos y el orden

La Tierra se pobló de olores, de formas,
de sonidos, de hermosos colores,
de bacterias, de ríos de plata,
que dejaban una huella indeleble
sobre la tierra recientemente creada.
Nos escondimos, presurosos,
en cuevas de piedra, arcilla y fuego.
Nos remontamos al origen de las cosas, pintando manos de sangre
en las paredes de las cavernas,
junto a ciervos con flechas ensartadas
y bisontes moribundos.
Y, en caos, todas las formas se confunden
y las primeras palabras, los primeros gritos
del asombro, se emborrachan de significados ambiguos
y las metáforas engendran metáforas.
Se enloquece la semántica y se cuecen ánforas.
Y los artistas mueren peleando,
aquellos que pintaron con ocres,
con sus manos rojas sobre las paredes de las cavernas
y sin comprender la matemática del vacío.
Sin comprender el cero, nos asomamos desnudos al horizonte de la vida.

Vestidos con pieles de animales,
nos enfrentamos a esa eternidad impuesta
por el vacío que sentíais al despuntar el alba.
Mientras hacemos crucigramas aburridos,
sospechamos que no está nada claro
que el círculo no se ha cerrado,
que no está nada claro que una única especie reine por encima de las otras,
que nuestra galaxia sea única,
que la energía se ordene en una única forma.
No está nada claro el teorema del caos y el orden.

El oficio de escribir

Escribir de corrido como terapia,
como si se acabara el mundo.
Dibujar un paisaje apocalíptico
con colores fuertes y agresivos.
Escribir sobre lo que nos importa
y sobre lo que no importa,
para diseccionar un cadáver amarillento y frío.
Escribir sobre lo fútil y lo necesario,
sobre alimentos terrenales y proteicos,
sobre emociones indelebles
que nos trasladan de puntillas hacia el reino de lo innombrable.
Escribir, cansado o fresco,
sobre el río de la vida de Renoir.
Escribir versos desnudos
sobre un papel en blanco.
Escribir de corrido hasta
que se doblen los relojes.
Como si se acabara el mundo de repente,
como si fuese la única posibilidad
de existir y ser recordados para siempre.

El tiempo destila veneno

El tiempo destila veneno,
cordura, lentitud, fatiga,
romanticismo nuevo, nuevas palabras,
nuevos conceptos, un nuevo amanecer
junto a un mar embravecido.
Una destilada noche que conduce
a un río azul, ancho y lento.
El tiempo destila los recuerdos
recreados, recuerdos recordados.
El tiempo destila unos versos
de agua, de finísimo cristal.
El tiempo se nos clava en la piel
como uñas de gato.
El tiempo, neurótico, dramático,
nuclear y matemático,
nos traza un engañoso camino
en la espesura de la vida.
Un abismo de espejos enfrentados
donde apenas si encontraremos
la huella de un beso redondo,
de un te quiero extinto, ya fosilizado
junto al esqueleto de un dinosaurio
que, desobedeciendo las leyes de Darwin,
se atrevió a ser pájaro.

El valor de las cosas

Valoramos el dinero más que la cultura,
el ornamento del cuadro más que los lienzos,
los besos robados más que la firmeza,
el lujo de las azoteas más que los anchos ríos.
Valoramos excesivamente a los pintores
que exponen en Manhattan sus rosados vómitos.
Valoramos el insulto más que la metáfora,
la simpleza más que lo elaborado y complejo.
Valoramos un crucero de lujo
más que una probable certeza.
Soy hombre, me siento hombre,
porque amo profundamente
los desiertos, los ríos y las palabras.

Escuchando a Georges Brassens

Escuchando a Georges Brassens,
hilvanas ternuras afrancesadas,
te lavas los dientes con whisky
y te pones jodidamente romántico.
Fumas la noche, pensando en ella.
Golpeas la máquina de escribir furiosamente
y, como un atleta, fuerzas las palabras.
La música todo lo invade y, como un imán,
atrae nobles pensamientos.
Dejas pasar las horas, como un paria
enamorado de la nada y la miseria.
Contemplando el mudo estriptis de la noche,
escribes el poema de desarraigo
y lo envuelves con las manos,
como si fuera un pájaro.
La noche es un mar invertido
y aquel cuerpo que idealizas tanto
es una nave de un metro ochenta de eslora.
Naufragas en la noche profunda y perfumada.
Cuando amanece, te aferras a los recuerdos,
sueños soñados, deseos deseados, inventos inventados.
Te sumerges en el juego
de mentiras que conforman nuestros sueños.

Felicidad

De vez en cuando, compartía
la falsa alegría que todos festejaban.
Entre los despojos de la fiesta,
encontraba desiertos, páramos, vómitos
y argumentos contrarios a mi fabulario.
Una y otra vez, me preguntaba
por qué insistía en compartir
y aplaudir tanta farsa.
Escribía versos de corrido
sobre la felicidad impostada.
Me preguntaba si era pesimista
o lo hacía por llevarles la contraria.
Siempre fui un optimista primario.
La vida me ofrecía cosas maravillosas
y, como los suicidas que caminan descalzos
por una arista de cristal,
llevaba mucho tiempo desorientado.
Amaba el lenguaje tabernario
y el lenguaje de culto,
con alegría simplificaba el pensamiento abstracto.
Me iba a la cama una y otra vez equivocándome
y, emocionado, esperaba sonriendo
un cálido amanecer.
Me confortaban las noticias de la radio
y, dándome unos falsos buenos días,
me vendían una felicidad exagerada.

Gratitud

Para que podamos desayunar con cruasanes,
ellos se vaciaron en la arena
como relojes deteriorados.
Para que los niños sonrían plácidamente,
ellos consumieron su esperanza,
colgados en los andamios de su parca juventud,
artilugios improvisados con tablones carcomidos
de madera y bidones rotos.
Para que podamos leer libros de poemas,
ellos se emborrachaban a escondidas
con las putas del barrio.
Para que podamos hacer el amor sin ataduras,
ellos y ellas nos parieron
con rabia y a destajo.

Cuando las mariposas se escapaban de las cajas de zapatos

Recuerdo vagamente la primera flor perfumada,
mi primer insecto mutilado,
mi primer asesinato a un pez azul, que culebreaba en una charca
en la que podía tocarse el fondo.
Recuerdo también mi hermosa excitación cuando aislaba
unos peces de otros.
Los encarcelaba entre mis manos
y los sacaba del agua, agonizando,
hasta sentirlos morir, aleteando y nerviosos.
Mi terca memoria me dicta alguna que otra agonía:
un escarabajo negro y brillante como una sombra carbonada,
[traspasado por un alfiler dorado;
una rata gris de cola larga, atravesada por una lima,
y una lagartija verde-parda, quemada entre una mortaja de cientos de
[fósforos.
La soledad ya me atraía,
y el lenguaje, y la metáfora,
ahora me atraen una conversación pausada,
la metamorfosis de la noche en día,
la exasperante y difícil transformación
de la palabra en poesía.

Pero la soledad de un niño es fábula, misterio, mariposa, noche,
trampas, terciopelo y agua.
Adorábamos los microscopios y los espejos,
porque reflejaban un universo imposible y paralelo,
y los mapas geográficos con azules y montañas,
y los paracaídas de plástico,